



# Maverick

Bruce Bethke



[www.facebook.com/tombooktu](http://www.facebook.com/tombooktu)  
[www.tombooktu.blogspot.com](http://www.tombooktu.blogspot.com)  
[www.twitter.com/tombooktu](http://www.twitter.com/tombooktu)  
#Maverick

**Colección:** Tombooktu Asimov  
[www.asimov.tombooktu.com](http://www.asimov.tombooktu.com)  
[www.tombooktu.com](http://www.tombooktu.com)

Tombooktu es una marca de Ediciones Nowtilus:  
[www.nowtilus.com](http://www.nowtilus.com)

Si eres escritor contacta con Tombooktu:  
[www.facebook.com/editortombooktu](http://www.facebook.com/editortombooktu)

**Título:** *Maverick*

**Autor:** © Bruce Bethke

**Traducción:** Sandra Suárez

Traducción cedida por Editorial Molino

**Edición original en lengua inglesa:**

© Byron Preiss Visual Publications, Inc.

© Del prólogo: Nightfall, Inc.

**Copyright de la presente edición en lengua castellana:**

© 2013 Ediciones Nowtilus S. L.

Doña Juana de Castilla 44, 3º C, 28027, Madrid

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece pena de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeran, plagiaran, distribuyeran o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

**ISBN Papel:** 978-84-15747-25-3

**ISBN Impresión bajo demanda:** 978-84-9967-461-2

**ISBN Digital:** 978-84-9967-462-9

**Fecha de publicación:** Junio 2013

Impreso en España

**Imprime:**

**Maquetación:** Alejandro Gómez-Cordobés Arderiu

**Depósito legal:** M-37059-2012

# Índice

Leyes de la Robótica.....	9
Introducción .....	11
Aránimas.....	17
I. Janet.....	21
II. La Colina de las Estrellas.....	29
III. Aránimas .....	39
IV. Derec.....	43
V. Maverick.....	51
VI. Janet.....	57
VII. Maverick.....	67
VIII. Derec.....	73
IX. Cola Blanca .....	85
X. Janet.....	95
XI. Maverick.....	105
XII. Derec .....	117
XIII. Janet .....	129
XIV. Derec.....	137

XV. Maverick.....	145
XVI. Derec.....	155
XVII. Janet.....	165
XVIII. El ganso salvaje con tutti.....	173
XIX. Maverick.....	179
XX. Aterrizaje.....	185
XXI. Llegada.....	193
XXII. Dos piernas, cuatro piernas.....	199
XXIII. Las líneas de batalla.....	209
XXIV. La tienda de armas.....	217
XXV. Detonación.....	225
Epílogo. El espaciopuerto.....	231
Otros títulos de la colección.....	237

# Leyes de la Robótica

1. Un robot no puede causar daño a un ser humano ni, por omisión, permitir que un ser humano sufra daños.
2. Un robot debe obedecer las órdenes dadas por los seres humanos, salvo cuando tales órdenes entren en conflicto con la primera ley.
3. Un robot ha de proteger su existencia, siempre que dicha protección no entre en conflicto con la primera o la segunda ley.

\*\*\*

## Introducción

Su memoria había sido borrada. La de ella fue destruida por una enfermedad y él la ayudó a reconstruirla. Su nombre real era David Avery, pero a él le gustaba presentarse como Derec. Ella se llamaba Ariel Burgess.

Juntos habían descubierto la existencia de Robot City y juntos se habían sumergido en sus misterios. Derec, poniendo en peligro su vida y víctima de uno de los experimentos de su loco padre, aprendió a dirigir Robot City y a los robots que la habitaban. Los miles de chemfets (un tipo de robots microscópicos) que navegaban por su sangre le proporcionaban una comunicación directa con el ordenador central de la ciudad.

Durante un breve e idílico intervalo, Ariel y Derec tuvieron la oportunidad de llevar vidas normales en Aurora. Pero esta tranquilidad pronto se vio enturbiada por el enfrentamiento final de Derec con su padre, que había interrumpido, pero no cancelado, el Programa de Migración de los robots. Algunos de ellos salieron de Robot City y construyeron otras ciudades en nuevos e inexplorados planetas. Planetas que, hasta ese momento, se suponían inhabitables.

Era una suposición equivocada. El plácido interludio de Derec en Aurora se vio alterado por una llamada de socorro que provenía de una de las nuevas Robot City y que hablaba de un ataque inminente. Derec viajó inmediatamente al nuevo planeta, dejando a Ariel atrás y haciéndose acompañar por

su fiel robot Mandelbrot; una vez allí, descubrieron que los atacantes eran unos seres con aspecto lobuno, una extraña raza de lobos inteligentes.

Al principio, sólo fue un meteorito que resplandecía en el cielo. Después apareció ese extraño ser, el individuo de color metálico que ellos llamaban Plateada, que nunca tenía necesidad de alimentarse y cuyo principal objetivo parecía ser proteger a la Familia y hacer que se cumplieran sus deseos. La única explicación posible era que fuera la Abuela, la antepasada que creó a la Familia, la que le hubiera enviado para protegerlos de los Piedras Caminantes y de la Colina de las Estrellas que estos habían construido.

Plateada ni siquiera sabía que ella también era un robot, pariente cercano de aquellos que estaban construyendo una ciudad en el planeta de los seres-lobo. Ella no había sido diseñada y construida por el doctor Avery, sino por su esposa, la doctora Janet Anastasi, que llevaba a cabo su propia investigación en el mundo de la robótica.

Cuando nació, Plateada era sólo una masa sin contornos, sin formas, preparada para adoptar la del primer ser inteligente que se cruzara en su camino. Pero en el plan no estaba previsto que hubiera una ciudad de robots en ese planeta. Más inteligente que los seres lobo, Plateada se convirtió pronto en su líder y se unió a su lucha contra los robots que colonizaban el planeta. Trazó un plan para acabar con el ordenador central de la ciudad y atacó a Derec, sabiendo que era el jefe al que los robots obedecían.

Derec se salvó gracias a la invocación de la primera ley de la Robótica, lo que provocó un dilema en la mente de Plateada. ¿No eran los miembros de la Familia seres humanos? ¿Cómo podían los seres-lobo y Derec ser humanos y estar ambos protegidos por las leyes de la Robótica? Plateada tomó entonces forma humana y comenzaron a llamarle por el nombre de Adán, pero antes de que ese problema pudiera solucionarse, se produjo otra llamada de socorro de Ariel, y todos juntos, Wolruf, Derec, Mandelbrot y Adán acudieron en su ayuda.

Durante la ausencia de Derec, Ariel había recibido una llamada de otra de las ciudades que estaban construyendo los

robots. También se encontraba en peligro por el ataque de unos alienígenas, pero estos eran bien distintos a los seres-lobo.

Cuando Ariel llegó al planeta, encontró la ciudad totalmente cubierta por una extraña cúpula. Los habitantes del planeta, los ceremonios, unos alienígenas con forma de pájaros, eran tan avanzados, comparados con los humanos, como primitivos eran los seres-lobo. En vez de atacar la ciudad directamente, la habían encerrado en una cúpula para que no pudiera causar ningún daño. Los robots, siguiendo fielmente la programación que les impulsaba a construir y a preparar la ciudad para que pudiera convertirse en un asentamiento humano, se preparaban para comenzar a crear otra ciudad en un lugar diferente del mismo planeta.

Nada más llegar y tras observar el problema, Ariel convocó a Derec a través del sistema de comunicación interno del que disponían todas las ciudades de los robots. Pero también llegó a un acuerdo con los ceremonios que consistía en el compromiso de que los robots crearían una explotación agrícola, que no dañase el ecosistema del planeta, y sólo dispondrían de una pequeña ciudad cerrada que permitiera la exportación de los cultivos. Cuando Derec llegó, reprogramó la ciudad para este fin con la ayuda de los robots supervisores.

Al mismo tiempo, Adán, que todavía no tenía una idea clara de lo que era un ser humano, tomó la forma de los ceremonios; pero estos, que no necesitaban su protección y mucho menos sus servicios, lo enviaron de vuelta con Derec. Sin tener claro a quién debía brindar la obediencia que señalaba la segunda de las leyes de la Robótica, decidió llevar a cabo su propio experimento agrícola. En el curso de este experimento, encontró un gran huevo plateado, exactamente igual a aquel en el que él había llegado al planeta de los seres-lobo. Encantado con su descubrimiento, corrió a buscar a Ariel y la colocó delante del huevo; de esta forma, Ariel sería lo primero que el nuevo ser vería y podría tomar su forma. Así fue como nació Eva Plateada.

Eva también pasó por la experiencia de tomar la forma de los ceremonios al encontrarse con uno de ellos que logró convencerla de que él era el único ser humano. Sólo

la evidente locura de este ceremión logró sacarla de esta peligrosa ilusión.

Cuando la reprogramación del sistema agrícola hubo terminado, Derec y Ariel acordaron que la mejor forma de alejar a los Plateados de otras posibles malas influencias era llevarlos a un sitio más seguro, la Robot City original.

A su llegada, encontraron una Robot City sumida en el caos. Un ente desconocido se había hecho con el control del ordenador central de la ciudad y había creado varias series de seres humanos artificiales, hombrecillos de sólo unos centímetros de altura, que estaban esparcidos por algunos de los edificios. Los robots habían abandonado por completo las tareas de mantenimiento y mostraban comportamientos creativos y un tanto salvajes, los cuales recordaban a Ariel y a Derec los tiempos del ingenioso y genial robot Lucius.

Todo parecía indicar que, de nuevo, el responsable era el doctor Avery. Aunque el tipo de experimentos que podían verse por la ciudad eran justo los que Avery aborrecía, era la única persona que Derec consideraba capaz de apoderarse de Robot City. Pero cuando Avery volvió a la ciudad, se mostró tan enfadado con los cambios que encontró que Derec tuvo que rechazar esa idea. De hecho, el doctor no parecía dueño de sus actos, se había vuelto completamente loco, y creía que él mismo era un robot.

Ariel se hizo cargo de los hombrecillos, a los cuales llamaron bailarines, y también del doctor Avery. Tuvo más éxito con Avery, con el que aplicó una novedosa terapia, que con los bailarines. Mientras tanto, Derec y Mandelbrot seguían buscando al misterioso ente, un ser inteligente que se llamaba a sí mismo el Ojo que todo lo ve. Parecía que este individuo había llevado a cabo todos esos extraños experimentos con el objetivo de investigar la naturaleza de los seres humanos y saber así si él mismo era uno de ellos.

Con la ciudad sumida en el caos, todos unieron sus fuerzas para acorralar al Ojo que todo lo ve en su guarida. Lo encontraron camuflado en la forma de un armario, y por fin consiguieron que revelara su verdadero ser y que aceptara su naturaleza: era el tercer robot Plateado de la doctora Anastasi.

El tercer Plateado tomó el nombre de Lucius II e inmediatamente comenzó un intenso intercambio de información con Adán y Eva. Respecto a la cuestión aún no resuelta de qué era un ser humano, Lucius II añadió la teoría de que ellos tres fueran los verdaderos humanos.

Sus discusiones se desarrollaban en un lugar aislado de los humanos y de Wolruf, quienes a su vez se preocupan por qué debían hacer con las comunidades de pequeños seres que estaban esparcidas por toda la ciudad. Aunque estos seres no eran humanos, habían sido creados usando el material genético humano como punto de partida. ¿Debían entonces tratarlos como humanos o simplemente como a una rara especie de animalitos? Todo se complicó aún más con el embarazo de Ariel y el triste descubrimiento de que el feto había sido dañado por los chefs de Derec.

Ninguno de los robots médicos de Robot City podía ni siquiera plantearse practicar un aborto, ya que consideraban al feto un ser humano, aunque había perdido todo su sistema nervioso y sabían que no podría sobrevivir después del parto. Fue Adán quien se ofreció a llevar a cabo la intervención a cambio de que los llevaran de nuevo al planeta de los ceremonios. Los tres Plateados querían tratar de nuevo con estas alienígenas la cuestión de la humanidad.

Robot City fue programada para crear una nave con su propio material, que Avery bautizó con el nombre *La caza del ganso salvaje*. Tras sobrevivir a un terrible accidente que estuvo a punto de acabar con sus vidas, llegaron al planeta de los ceremonios para descubrir que toda la programación agrícola había sido cancelada. Una mujer, que parecía ser una experta robotista, había aparecido y realizado una reprogramación completa de la ciudad. Derec y el doctor Avery intentaron adaptar la ciudad a las necesidades de los ceremonios, pero, al final, los alienígenas sólo pudieron encontrarle un propósito. Y junto al pequeño grupo de humanos, con Wolruf y los Plateados, presenciaron cómo la ciudad se fundía lentamente para transformarse poco a poco en una gigantesca escultura plateada.

## Prólogo

### Aránimas

Sentado delante de la consola de control con forma de herradura, parecía una araña hambrienta esperando en medio de su tela. Tenso, alerta, observando y esperando con una intensidad casi salvaje; todo su cuerpo estaba inmóvil, todo excepto sus ojos.

Los ojos: dos lágrimas negras y brillantes que sobresalían dentro de dos protuberancias de piel arrugada a ambos lados de su calva y enorme cabeza. Se movían de forma independiente, en rápidas sacudidas como de rabo de lagartija, sondeando los numerosos monitores y las lecturas de control del instrumental, analizándolo todo.

Vigilando.

Uno de sus ojos estaba fijo en la imagen de una pequeña criatura que tenía forma de estrella de mar. Con el otro ojo seguía atentamente el modo en que el monitor se dividía para mostrar la criatura-estrella de mar en un lado y la negritud color tinta del espacio en el otro. Cuando un pequeño asteroide helado apareció en la pantalla, un par de amenazadores cañones se desplazaron lentamente para seguir su trayectoria.

Se movió. Su brazo siniestro y alargado, que mostraba unos huesos carpales demasiado prolongados que le hacían parecer que tenía dos codos, se desplegó para alcanzar un pequeño botón cerca de la imagen de la criatura-estrella de mar.

Su boca, adusta y carente de labios, se abrió. Su voz era potente y algo aflautada:

—Denofah. Praxil mastica.

Los cañones emitieron una brillante explosión. Un instante después el asteroide había desaparecido, siendo remplazado por una nube de gas incandescente que se desvanecía con rapidez.

Los extremos de su boca palpitaron imperceptiblemente, mostrando lo que bien podía ser una sonrisa sardónica.

—Rijat.

Presionó de nuevo el botón, haciendo que los cañones volvieran a su posición inicial y que la imagen de la criatura-estrella de mar apareciera otra vez en la pantalla.

De repente, un indicador comenzó a parpadear en el extremo derecho de la consola de control. Al tiempo que hacía girar uno de sus ojos en dirección al monitor situado justo encima del indicador, presionó otro botón. Entonces apareció la imagen de un joven miembro de su especie.

—Señorr, perrdone la intrromisión —dijo el joven con un fuerte acento espacial, multiplicando la vibración de la letra «r»—, pero me orrdenó que le informarra de inmediato de cualquier interrferencia en la banda K.

Sus dos ojos se concentraron de repente en la pantalla y desplazó su silla hasta que estuvo situado justo enfrente de la misma.

—¿Coincide la trayectoria? ¿Ha sido posible fijar las coordenadas?

—Señor Aránimas, la trayectoria coincide de forma exacta. Los robots están usando las llaves para teletransportarse; debe de haber miles de ellos. Hemos fijado las coordenadas y calculado la distancia aproximada.

—¡Excelente! Dame las coordenadas y las introduciré en el navegador —mientras el joven recitaba uno a uno los números, Aránimas dirigió uno de sus ojos a otra pantalla y presionó otro botón—. ¡Control! Preparáte para llevar a cabo el salto hiperespacial dentro de cinco décadas —otra pantalla, otro botón—. ¡Navegador! Calcula cuál es el trayecto más rápido hasta estas coordenadas —dijo repitiendo los números que le había dado el joven.

Cuando acabó de dar todas las órdenes y los monitores estuvieron en blanco, se dejó caer satisfecho en su silla, unió sus largos y huesudos dedos y se regaló a sí mismo una sonrisa satisfecha:

—Wolruf, pequeña traidora, ahora te tengo. Y tú, Derec, jovencito entrometido, todas tus llaves de Perihelion y tus robots serán míos, y expondré tu cabeza en la vitrina de mis trofeos —dijo al tiempo que se incorporaba y accionaba una palanca, haciendo que la estrella apareciera de nuevo en la pantalla.

—Deh feh opt spa, nexori. Derec.

La criatura-estrella de mar parecía entusiasmada ante la perspectiva.

# I

## Janet

Los propulsores de dirección se encendieron emitiendo fuertes pero controladas explosiones. Con una delicada gracia, inesperada para sus treinta toneladas de peso, la pequeña y aerodinámica nave ejecutó una elegante pirueta en medio del espacio moteado de estrellas, desplazándose suavemente noventa grados a estribor. Una vez completada la maniobra, los propulsores volvieron a funcionar el tiempo necesario para situar la popa de la nave en la trayectoria orbital correcta, dando la espalda a la superficie de un pequeño planeta blanquiazul.

De forma lenta y pesada, los principales impulsores planetarios aceleraron hasta alcanzar la máxima potencia. Un minuto más tarde se apagaron y el resplandor blanco de la deceleración final se disipó entre el rojo vivo de la parrilla de durilio del sistema de refrigeración de iones.

Un toque final a los propulsores de dirección y la nave se deslizó suavemente dentro de la órbita geoestacionaria. Tan habilidoso era el robot tripulante que el único humano que ocupaba la nave ni siquiera se percató del movimiento de la misma.

El robot llamado Basalom, sin embargo, inmerso en el sistema de comunicación de la nave basado en el transmisor de hiperondas, no paraba de recibir información. Moviendo nerviosamente sus párpados de plástico milar, se giró hacia la humana conocida

como Janet Anastasi y empleó un centenar de nanosegundos en resolver un pequeño dilema.

El problema en el que se hallaba envuelto concernía a cómo sus obligaciones entraban en conflicto con las leyes de la Robótica. La segunda ley era muy clara al respecto: Un robot debe obedecer las órdenes dadas por los seres humanos, salvo cuando tales órdenes entren en conflicto con la primera ley. La doctora Anastasi le había ordenado específicamente avisarla en el momento en el que entraran en la órbita del planeta Tau Puppis IV. Él ya había contrastado los datos del navegador con la biblioteca del ordenador de la nave; el pequeño planeta, tan parecido a la Tierra, situado a 35.000 kilómetros sobre la nave, era, sin ninguna duda, Tau Puppis IV. La segunda ley le obligaba, de forma inequívoca, a informar a la doctora Anastasi de que habían llegado a su destino.

Tan pronto como Basalom comenzó a cargar esta afirmación en su programa de voz, le asaltó una molesta cuestión relacionada con la primera ley. La primera ley de la Robótica decía: Un robot no puede causar daño a un ser humano ni, por omisión, permitir que un ser humano sufra daños. Desde que habían abandonado el planeta de los ceremiones, cualquier pequeña mención del proyecto de las máquinas de aprendizaje le había provocado a la doctora Anastasi una tremenda angustia emocional. Bastaba una referencia implícita a su hijo, a su exmarido o a la forma en que los dos habían destrozado completamente su experimento secuestrando a la máquina de aprendizaje n.º 2, para que su presión arterial se disparara y el tono de su voz se tornara ronco y discordante, indicando un fuerte nerviosismo.

Ahora habían regresado al planeta Tau Puppis IV, el mundo en el que la doctora Anastasi había arrojado a la primera de sus máquinas. Basalom introdujo esa información en la base de datos que había iniciado dos años antes, cuando comenzó a trabajar con la doctora, y concluyó, con un noventa y cinco por ciento de seguridad, que el hecho de comunicarle las novedades provocaría en ella una reacción nerviosa negativa. No podía predecir exactamente cuál sería su reacción (ningún robot era tan sofisticado), pero podía asegurar, con una duda razonable, que dicha información le provocaría un significativo desasosiego.

Y ese era precisamente el dilema de Basalom. ¿Se correspondía ese dolor emocional con la definición de daño consignada en la primera ley de la Robótica? Su programación no era muy precisa al respecto. Si el dolor emocional no era propiamente un daño, la diferencia entre ellos era tan pequeña que su sistema no podía reconocerla con facilidad. Pero si evocar una emoción fuerte podía causar algún daño a la doctora, entonces la obediencia a la segunda ley podía provocar una situación terrible. ¿Cómo podía cumplir la orden de avisar a la doctora Anastasi si estaba seguro de que aquella información iba a disgustarla?

Basalom sopesaba sus potenciales positrónicos. La orden de la doctora había sido enfática y directa. El daño que implicaba, o mejor, que podría implicar, era sólo una posibilidad y seguramente (Basalom lo sabía por su experiencia) pasaría rápidamente. Además, Basalom también sabía por su trabajo continuado con la doctora, que su reacción casi sería peor si no le daba la información que si sí se la proporcionaba.

Sopesó de nuevo la posibilidad de herir a un ser humano, pero llegó a la conclusión de que tanto la acción como la falta de ella causarían el mismo efecto en la doctora. Así que comenzó a cargar de nuevo la información en su programa de voz para proporcionársela en cuanto ralentizara sus niveles de percepción para sincronizarlos con los de los seres humanos.

De todas formas, si cuando la doctora escuchara la información comenzaba a echar sangre por los oídos, entonces sabría seguro que le había causado daño...

—¿Doctora Anastasi?

La esbelta y rubia doctora levantó la vista de su ordenador portátil y clavó sus ojos en Basalom.

—Señora, hemos alcanzado la órbita geoestacionaria del cuarto de los planetas del sistema solar de Tau Puppis.

—¡Demonios, ya era hora! —reaccionó como si se sorprendiera del tono de su propia voz, frotándose las bolsas de debajo de los ojos y sonriendo en forma de disculpa—. Lo siento Basalom, he vuelto a matar al mensajero, ¿no?

Basalom parpadeó nerviosamente y realizó un rápido examen de la habitación sin encontrar ningún signo de un mensajero herido o de un tiroteo reciente.

—¿Señora?

Ella despachó la cuestión con un movimiento de su mano.

—Es sólo una vieja expresión, no importa. ¿Está preparado el equipo de exploración?

A través de su comunicador interno, Basalom consultó al resto de la tripulación. Recibió la respuesta del equipo de exploración en forma de cuadro de diálogo, además de un *feedback* visual en la cámara del ala posterior de la nave. Desde donde Basalom estaba situado, podía ver el rostro de la señora Janet en la esquina superior derecha y en la esquina superior izquierda los datos que intercambiaba con el equipo de exploración. Ambas ventanas se superponían a una vista del casco superior de la nave, que emitía destellos brillantes debido al reflejo de la luz del planeta, y cuando el robot miró pudo ver cómo una larga abertura dejaba ver la espina dorsal de la nave y cómo un fino tallo, que se asemejaba a un diente de león, se extendía lentamente hacia el planeta. En la punta del tallo, delicadas antenas se desplegaban como los pistilos de los pétalos de una flor o como una tela de araña reluciente por las gotas de rocío de la mañana.

—El equipo ha abierto ya las puertas de desembarque del módulo espacial —dijo Basalom— y ahora se encuentran levantando la antena del sensor —envió una rápida pregunta a la tripulación a través del transmisor; en respuesta, aparecieron los precisos datos de la trayectoria en el cuadro de diálogo correspondiente al equipo de exploración—. El despliegue de la antena se habrá completado en aproximadamente cinco minutos y veintitrés segundos.

La doctora Anastasi no respondió de forma inmediata. Para matar el tiempo mientras esperaba a tener algún dato más sobre el que informar, Basalom comenzó a dedicar cada quinto nanosegundo a construir una simulación de cómo la doctora Anastasi veía el mundo. Este aspecto le había confundido con frecuencia, la forma en que los humanos se las habían arreglado para avanzar tanto disponiendo sólo de visión binocular

y con una casi completa carencia de habilidad para recibir comunicación telesensorial. «¡Qué solos deben sentirse sin poder comunicarse con nadie excepto con ellos mismos!», exclamó el robot para sí.

Por fin, la doctora Anastasi habló:

—Cinco minutos, ¿no?

Basalom actualizó la estimación y respondió:

—Y catorce segundos.

—Bien —estaba recostada en su silla, con los ojos cerrados e intentaba disolver una contractura de su cuello—; estaré mejor cuando esto haya terminado.

Basalom sintió una perturbación en su conciencia de la segunda ley y formuló una sugerencia.

—Señora, si prefiere estar en otro lugar, podemos ir hacia allí de inmediato.

La doctora Anastasi abrió los ojos y sonrió melancólicamente al robot; la expresión provocó movimientos interesantes en la topografía de su rostro. Basalom se apresuró a hacerle un examen y exploró las arrugas que rodeaban sus ojos, almacenando la imagen para estudiarla después, y volvió después a la vista normal de la doctora.

—No, Basalom —dijo Janet en ese tono que los humanos usaban con tanta frecuencia, con el que hacían saber al interlocutor que no esperaban respuesta a sus palabras—. Es exactamente el sitio en el que deseo estar —y su voz se apagó con un suave suspiro.

La última frase de Janet no tenía mucho sentido y Basalom intentó descifrarla. «Es exactamente». Era una forma abreviada de decir: «Este es exactamente». Sustituyendo el pronombre, podía suponer que la frase completa sería «La órbita de Tau Puppis IV es exactamente...». Probando y descartando todos los significados posibles de «exactamente» en sus diferentes contextos, desplegó una ventana llena de definiciones de su forma adjetival: exacto, correcto, estricto, cabal, justo. Justo, esto último parecía tener sentido. «Estar en la órbita de Tau Puppis es justo». Basalom sintió un cálido rubor de satisfacción en su módulo de gramática. Si ahora pudiera comprender lo que la señora Janet había querido decir...

Janet suspiró de nuevo y acabó la frase:

—Es sólo que he estado pensando en el viejo Cara de Piedra otra vez, eso es todo. A veces me obsesiono pensando que ese hombre es el albatros que llevaré alrededor de mi garganta el resto de mi vida.

Basalom pensó en preguntar a Janet por qué quería llevar un ave marina, que medía tres metros al desplegar sus alas, alrededor del cuello, pero cambió de idea y dijo:

—¿Cara de Piedra, señora?

—Wendy. El doctor Wendell Avery, mi exmarido —Basalom percibió de nuevo el cambio de matiz en el tono y con una alarma ya familiar los signos de hostilidad emergiendo como granitos en el sonido de su voz—. El padre de Derec. Mi mayor competidor. El dioscecillo de hojalata que se dedica a infectar la galaxia con sus pequeños hormigueros de hojalata también.

—¿Se refiere a las ciudades de los robots, señora?

Janet apoyó un codo sobre la mesa y descansó su mejilla en la palma de su mano:

—Eso es exactamente a lo que me refiero, Basalom.

Janet suspiró, frunció el ceño y se quedó de nuevo en silencio. Basalom permaneció quieto durante un instante y enseguida conectó su visión termográfica. Tal y como había supuesto, la temperatura corporal de la doctora Anastasi estaba subiendo y las arterias mayores de su cuello estaban dilatándose. Reconoció los signos, estaba muy cerca de sufrir de nuevo un estallido de furia.

Todavía estaba analizando cómo podía afectar la primera ley al hecho de bajarle la temperatura, cuando ella explotó.

—¡Demonios, Basalom, en realidad él es un arquitecto, no un robotista! —Janet dio un fuerte golpe con el puño en la mesa y el libro que leía salió volando—. ¡Es mi nanotecnología la que está utilizando! Mis robots celulares, mi programa heurístico. ¿Pero, crees que alguna vez se ha planteado siquiera compartir conmigo el mérito?

Dio una patada a la mesa y ahogó un pequeño sollozo:

—El experimento de las máquinas de aprendizaje era precioso. Tres mentes inocentes, carentes de toda formación, que

descubrían el universo por primera vez. Especialmente la unidad 2, creciendo con esos avanzados y brillantes alienígenas, los ceremoniosos. ¡Piensa en lo que hubiera podido aprender de ellos! Pero no, el viejo Cara dura tenía que construir una de sus pesadillas arquitectónicas a sólo diez kilómetros y arruinar todo el maldito proyecto. En este momento, la unidad 2 viaja con Derec, que sólo Dios sabe qué tipo de estupidez tiene ahora en la cabeza, y los ceremoniosos no nos darán una segunda oportunidad —Janet cerró los ojos, clavó los codos en la mesa y colocó la cabeza entre las manos—. No sé qué hice en otra vida para merecerme a este hombre, pero creo que ya lo he pagado con creces —su voz se acalló y un casi imperceptible sonido que podía ser un sollozo se deslizó a través de sus dedos.

Basalom miraba y escuchaba al tiempo que una serie de contradicciones caóticas que simbolizaban la incertidumbre surgía de su cerebro positrónico. La señora Janet sentía algún tipo de dolor, de eso estaba seguro. Y el dolor era equivalente al daño, eso estaba claro. Pero, aunque la primera ley ordenaba a los robots actuar para evitar el daño a los humanos, siete siglos de desarrollo positrónico no habían sido suficientes para resolver la cuestión de cómo consolar a una mujer que llora.

Un mensaje del equipo de exploración acompañado de una imagen de la antena completamente extendida liberó a Basalom de sus pensamientos.

—Señora, la antena del sensor ya se encuentra totalmente desplegada y operativa.

Ella no contestó.

Un minuto después llegó la actualización de los datos:

—El equipo de exploración informa de que ha contactado con el transmisor de la cápsula, señora. La grabadora de vuelo parece estar intacta.

Una pausa. Más datos aparecían en la mente de Basalom y un mapa táctico del planeta señalando las curvas de entrada proyectadas se representó en su cabeza.

—El módulo espacial realizó un aterrizaje suave con un recorrido de 200 metros en el lugar del planeta planeado.

La unidad 1 fue descargada de acuerdo con el programa. La toma de contacto preliminar había comenzado. Todos los indicadores eran nominales.

Después de unos pocos segundos, la doctora Anastasi preguntó:

—¿Entonces?

—El cordón umbilical se cortó según lo programado. Desde entonces no se ha producido ningún contacto más con la unidad 1.

Janet se sentó, se alisó el pelo con las manos, perdiendo en ese movimiento unos cuantos de sus cabellos de color rubio grisáceo, y se presionó la sien con el puño de su bata de laboratorio.

—Muy bien —dijo al fin al tiempo que separaba la silla de la mesa y se levantaba—. Realmente bien. Basalom, ordena al equipo de exploración que comience la búsqueda de la unidad 1. Comunícamelo de inmediato si encuentran algún rastro de ella —comenzó a moverse hacia la puerta—. Voy a refrescarme un poco.

—Sus órdenes han sido enviadas, señora.

Ya en la puerta, Janet se detuvo un momento y dijo suavemente:

—Y gracias por escucharme, Basalom. Eres un encanto —después se giró y desapareció en la oscuridad de la cabina.

Basalom sintió que le recorría una corriente de chispazos de desencanto que podían interpretarse como el equivalente robótico de la desilusión humana. La doctora Anastasi le había llamado *ciervo*<sup>1</sup>, pero había abandonado la cabina sin explicarle cuál era la relación que le unía con los animales herbívoros pertenecientes a la familia de los *cérvidos*.

---

<sup>1</sup> N.de la T.: el autor juega aquí con las palabras *dear* y *deer*. La doctora Anastasi llama a Basalom *dear*, 'encanto' en castellano, pero el robot entiende *deer* que significa 'ciervo'.